
EDUCACION Y PEDAGOGIA EN RAMON PEREZ DE AYALA

AGUSTIN COLETES BLANCO
Catedrático del INB de Noreña (Oviedo)

1. INTRODUCCION

Definía Splenger la cultura como la conciencia personal de toda una nación. Civilización, según esto, sería el perfeccionamiento y fin de tal cultura, su realización y correspondiente agotamiento. Ramón Pérez de Ayala parece asumir el punto de vista del pensador alemán y plantarse ante el hecho cultural español. Según los esquemas mentales ayalinos, la España contemporánea no había logrado cristalizar en civilización, al no poseer un ideal o conjunto de normas culturales colectivas. Y nuestro escritor aduce como motivos de tal carencia la escasa educación del pueblo español, educación entendida precisamente como transmisión y aprendizaje de una serie de técnicas culturales: para Ayala, pues, el problema primordial de España es educativo. Su actitud, que hunde sus raíces en los ilustrados españoles (Feijoo, Jovellanos) y llega hasta sus experiencias krauistas, hace que prácticamente toda su obra literaria, así como su actividad política, estén unidas por un talante común: el didacticismo bien entendido, el afán por tener una utilidad práctica y contribuir a la gran empresa de hacer de España una civilización. Es un propósito parejo al de sus compañeros de generación (los Ortega, Marañón, D'Ors) y que en Ayala adquirirá particular relevancia.

Si algo de estrictamente *intelectual* hay en las novelas de Ayala, no es la pedantería o la erudición vacías (que él mismo critica, aunque en más de una ocasión incurra en los defectos censurados), sino el tratamiento de «grandes temas» (el amor, el honor, etc.) que el español aborda desde una posición anti-civilizada, de auténtica barbarie. Pérez de Ayala, pues, se dedicará a fustigar todo lo que para él sea una imagen de *sociedad primitiva*, es decir, aquella que está orientada única y exclusivamente a la auto-conservación y la inmutabilidad, con menoscabo de la libertad individual. El adoptará siempre, por el contrario, el punto de vista de la *sociedad moderna*, la que está llamada a corregir y perfeccionar las técnicas culturales, partiendo siempre de la base de la iniciativa individual y orientada hacia el individuo mismo como tal: es la raíz más profunda del liberalismo de Pérez de Ayala, entendido como respeto a las razones de los demás.

Dado el enfoque educacional de su obra y de su vida pública, es lógico pensar que encontraremos en nuestro autor más de una reflexión sobre materias de teoría de la educación; pedagogía, con otras palabras. Es curioso el hecho de que Ayala entienda la pedagogía de modo similar a sus admirados clásicos grecolatinos: no como una ciencia autónoma, antes bien como parte de la ética o la política. Analizaremos, según esto, las ideas educativas y pedagógicas ayalinas desde una doble vertiente: en su aspecto crítico —en ocasiones realmente virulento—, dirigido tanto a la actitud tradicional del español ante los grandes problemas colectivos cuanto al papel ralentizador desempeñado por las instituciones educativas oficiales, y en su aspecto propiamente ideológico: lo sustancial del pensamiento ayalino en cuanto a soluciones y estrategias educativas. Pero antes se hace preciso dedicar un apartado a los maestros de Pérez de Ayala, aquel escogido manojito de hombres que fueron sus padres espirituales y labraron en su conciencia la preocupación educativa.

2. LOS MAESTROS

En un ensayo dedicado a don Francisco Giner de los Ríos (1), se extiende Ayala sobre el uso y abuso de la palabra *maestro*. En este país, afirma Ayala, todos son maestros: desde el torero y el zapatero hasta el barbero y el tapicero, pasando por el castrador ambulante. Concluye al autor asturiano, en la línea de Costa: «Sí, hay muchos maestros de toda especie. Y muy pocos maestros de escuela.»

Ayala, evidentemente, piensa en una categoría superior de magisterio: maestro (con minúscula) es aquel que domina un oficio, y también el que transmite un saber que a él de antemano le ha sido transmitido. Pero existe una categoría suprema de magisterio: el Maestro, con mayúscula. De esta categoría magistral abstraer Ayala una serie de características:

La novedad de la doctrina. El Maestro trae su doctrina, antes inaudita. La exposición de esta doctrina es simple, llana, casi humilde, para todos. No es una doctrina dogmática; antes, por el contrario, es una doctrina crítica de las doctrinas dogmáticas a la sazón reinantes; una doctrina que llama a capítulo y pone en tela de juicio toda forma establecida de dogmatismo tradicional. Por tanto, la nueva doctrina comienza sentando plaza de cismática, herética, peligrosa, causa escándalo y es perseguida en sus principios. La nueva doctrina no es sólo la transmisión de un saber o de un saber hacer; no opera únicamente sobre la inteligencia y la memoria, sino también sobre la voluntad, la sensibilidad, el carácter; en resolución: la totalidad del espíritu. En consecuencia, esta doctrina está grávida de futuridad inevitable, incontrastable. Al renovar la sustancia, textura y rostro de las almas, cambia asimismo al punto la faz del orbe, y el curso de la historia toma de súbito un sesgo inesperado y maravilloso.

Muy alto pone Ayala, según vemos, el listón de la categoría magistral; hasta el punto de que sólo al ilustre fundador de la Institución Libre de Enseñanza reserva tal honor: «Hemos tenido varios admirables y muy amados maestros —escribe—. Pero no más que un Maestro. Y éste fue don Francisco Giner de los Ríos.»

Sin embargo, aun sin llegar a la suprema categoría magistral, una selecta gavilla de hombres dejaron una bien marcada influencia educativa en Ayala: don Juan Muñiz y don Julio Cejador en su infancia y adolescencia, los krausistas de la Universidad de Oviedo, *Clarín* y el marqués de Valero de Urría en su juventud, Benito Pérez Galdós en sus comienzos literarios. Dediquemos unas breves líneas a cada uno de ellos (2).

Don Juan Rodríguez Muñiz es el primer maestro de Ramón. Le recuerda como «un hombre de condición pacífica y bondadosa, como conviene a quien tiene que lidiar con chicos» (3). Para añadir más adelante: «En suma, además de tierno, era un hombre bien educado, condición primera e inexcusable para ser buen educador.»

Recuerda Ayala el atalaje de la escuela:

Era el de rutina en aquellos tiempos: mesas corridas, de pupitre, con banco a lo largo de la mesa; ábacos y dos esferas, terrestre y armilar; colgados de los muros, cartelones con letras, sílabas y palabras; mapas geográficos y la Historia Sagrada en estampas polícromas, muy barnizadas.

Rememora igualmente el ambiente infantil:

Asistíamos a la escuela de don Juan alrededor de un centenar de chiquillos. Antes de entrar, y al salir, levantábamos horrísono griterío y algarabía entre cabriolas, zapatetas

(1) «El Maestro» (2-X-27). Recogido en *Pequeños ensayos*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1963, p. 271 s.

(2) Ultimamente, Ramón García de Castro ha publicado en *La Nueva España* una interesante serie de artículos titulada «Maestros de Pérez de Ayala». El primero es de 18-IX-80.

(3) *Amistades y recuerdos*, Aedos, Barcelona, 1961, p. 131 ss. El artículo es de 23-XI-60.

y empellones. Los jueves espantábamos acaso algunas bermejas y mugidoras reses, mayores y menores, vacas y terneros, que los aldeanos conducían, calle de Campomanes abajo, al mercado de ganado del barrio de San Lázaro.

Y concluye resumiendo la labor pedagógica de don Juan: «Fuera del hogar —escribe Ayala—, la primera persona que me inspiró respeto, mezclado de amor, fue don Juan.» Y lo que es aún más importante: «El me enseñó a escribir; él me despertó el apetito —quizá malsano— de mordisquear en los frutos del árbol de la ciencia.»

Todo ello ocurría antes de cumplir Ramón los ocho años. «Apenas cumplidos —escribe—, mis padres me enviaron a un colegio de jesuitas, en Carrión de los Condes». Allí se encontraría con el bondadoso don Julio Cejador (4):

Conocí a don Julio Cejador de maestro en el colegio de segunda enseñanza de San Zoil, de los padres jesuitas, en San Zoil, provincia de Palencia. Viví en aquel viejo monasterio los dos últimos cursos que fue monasterio laico. Al tercer curso pasé al colegio de la Inmaculada Concepción, en Gijón, de los jesuitas también, que se inauguró aquel año, y es el que describo en mi novela *A.M.D.G.*

El que sería catedrático de la Universidad de Madrid ejerce sobre Ayala, por aquel entonces, una influencia formativa antes cordial que intelectual. El escritor ovetense rememora las atenciones de su preceptor:

Debajo de mi almohada jamás faltaba un cartuchito con cascadientes y caramelos, que había atesorado el padre Cejador. El caramelo es el tabaco o el alcohol de los niños; no anula penas ni preocupaciones, pero las distrae y mitiga.

Don Julio Cejador, bajo el nombre de Padre Atienza, varón sabio y bondadoso, tendrá cumplida presencia en *A.M.D.G.*: Ayala nos narra su crisis espiritual y su hastío en la Compañía, con la subsiguiente salida de la misma. El ex-jesuita llegaría a vivir con la familia del escritor durante una larga temporada.

Conviene no olvidar, en este contexto, la faceta positiva en la educación jesuítica del joven Ramón: los padres, con todos sus defectos pedagógicos, tan fustigados por Ayala, le inculcarían el amor por las humanidades clásicas, que conservaría durante toda su vida y es esencial para comprender al escritor maduro.

Sobreviene a continuación la etapa universitaria en la *Atenas de España*, el alma mater ovetense. Rinde nuestro escritor tributo de gratitud a sus maestros universitarios en el extenso prólogo al libro *Paisajes de Reconquista*, de Juan Díaz Caneja (5). La Universidad de Oviedo es madre fecunda de hombres «veraces, justos y libres» mediante el magisterio de los beneméritos krausistas. En primer lugar, Leopoldo Alas, *Clarín*, cuya personalidad y magisterio glosa Ayala en más de un lugar.

Nos habla el discípulo de la «adoración» que una parva gavilla de estudiantes sentía por el maestro, adoración casi religiosa que cuadraba bien con el «espíritu de filósofo místico» del autor de *La Regenta* (6). Ayala se fija en la doble faceta de don Leopoldo, como escritor y como maestro, para concluir, significativamente, con la idea de que esta última es la fundamental:

No se puede entender del todo la personalidad del escritor si se desconoce la personalidad fundamental del catedrático, pues ante todo «Clarín» era Leopoldo Alas; es decir, un maestro.

Sabido es que Leopoldo Alas seguía el texto de Derecho Natural del belga Ahrens, pero en su cátedra (para deleite del discípulo Ayala) se extendía sobre

(4) *Ibid.*, p. 201 ss. Es el prólogo al libro de Cejador, *Recuerdos de mi vida*, Páez, Madrid, 1927.

(5) Madrid, 1926. Recogido en *Obras Completas* de Ramón Pérez de Ayala, Madrid, t. I, p. 1.235 ss.

(6) *Amistades y recuerdos*, p. 11 ss.

todo lo divino y lo humano: «Filosofía general, metafísica, ética, religión, historia, doctrina política, sociología, economía, arqueología, filología, estética, literatura; en conclusión, la unidad necesaria y viviente del saber», como recuerda Ayala. No sería ajena, pues, la prolijidad enciclopédica de don Leopoldo al gusto ayalino, patentemente reflejado en sus escritos, por la digresión y al carácter *omnívoro* de su cultura literaria.

Clarín, «demagogo a lo divino y trovador enamorado de Dios», como escribe Ramón en otro lugar (7), «incorporaba la posición de unidad simbolizada en Jerusalén». Y el soplo vivificante de su magisterio radicaba en que «el universo... nacía originalmente para nosotros». Recordemos la doctrina de la originalidad artística, básica para la comprensión del universo mental ayalino y que afecta incluso a facetas tan específicas de Ayala como sus numerosas traducciones (8).

Don Félix de Aramburu, profesor de Derecho Penal, «incorporaba –continúa Ayala en su semblanza– (9) la posición de unidad simbolizada en Grecia». Para añadir a renglón seguido:

También era un poeta. Era muy escrupuloso de la elegancia en el trato y la pulcritud en el vestir. Poseía una sensibilidad delicada, casi femenina, como Alcibíades, como Sócrates, y, semejante a este maestro, practicaba la virtud –virtud pagana– de soportar a los necios alegremente, irónicamente.

El romanista Melquíades Alvarez ocupa el lugar subsiguiente en el tributo de Ayala a sus maestros ovetenses: incorporaba «la posición de unidad simbolizada en Roma»:

Como maestro también Melquíades Alvarez era un poeta, un evocador. No sé si la maravillosa prosodia de Melquíades Alvarez, tan emparentada con el canto, es privilegio nativo, o arte adquirido recitando el latín de la *Instituta*. Oírle enunciar y explanar las sentencias del Corpus Juris era, literalmente, un encanto.

Bajo el epígrafe *Acento europeo*, agrupa Ayala a don Adolfo Buylla, don Adolfo Posada, don Aniceto Sela y don Rafael Altamira, quienes «europeizaban a sus alumnos». Los tres primeros les ponen en contacto con las corrientes, «a la sazón novísimas», del pensamiento britano y germánico. Altamira, por su parte, «representaba para nosotros *l'esprit française*: el espíritu de fineza, de tacto, de cautela... la idea, en suma [nótese la importancia de la aseveración en nuestro contexto] de que la historia genuina es la historia de la cultura». A ellos debe Ayala sus experiencias en el Seminario de investigaciones jurídicas y sociales, organización de trabajo comunal entre profesores y discípulos que por aquel entonces constituía una novedad (10):

Los profesores que regían el Seminario eran anglófilos persuadidos. Todos ellos provenían de la madrileña Institución Libre de Enseñanza y allí habían absorbido el devoto conocimiento hacia Inglaterra, *intelletto d'amore*.

El magisterio de Buylla, Posada, Sela y Altamira no es ajeno, según podemos comprobar, a otra faceta que habría de ser fundamental en nuestro autor: su admiración por la cultura británica y su gusto por todo lo inglés (11).

La voz de los muertos es el rótulo que enmarca el último epígrafe de la

(7) O. C., p. 1.257 ss. Es el prólogo cit. en nota 4.

(8) Lo sostenemos en nuestra comunicación al Simposio sobre Pérez de Ayala («Pérez de Ayala, traductor de poetas ingleses») celebrado en Mieres, abril 1980.

(9) Todas las semblanzas de los krausistas están en el prólogo cit., nota 4.

(10) *Tributo a Inglaterra*, Madrid, Aguilar, 1963, p. 287. El artículo es de c. 1938.

(11) Vid. nuestro trabajo «Inglaterra y la novela de R. P. de A.», en *Los Cuadernos del Norte*, N.º 2, junio-julio, 1980, p. 58 ss.

semblanza que comentamos y que ahora se vuelve hacia las figuras de don Fermín Canella y don Juan Arango, a quienes se reservaba la misión magistral de cultivar el apego y la afición a la patria asturiana (que Ayala jamás perdería):

Además de europeos y hombres genéricos, éramos asturianos. Necesitábamos para el resto de la vida un magisterio de fidelidad al sentido de la tierra... Don Fermín Canella y don Juan Arango, dos asturianos netos, nos clarificaban la conciencia de nuestra herencia ancestral. Nos colmaban la sensación de haber llegado a la integración perfecta de nuestra vida, porque nos hablaban con la voz de nuestros muertos.

Así concluye Ayala la semblanza de sus maestros krausistas, aquellos que constituían una singular y amable fauna en el «joyel arquitectónico» que era aquel Oviedo finisecular de veinte mil habitantes y que se tocaban, indefectiblemente, con un curioso uniforme profesional que comenzaba en la chistera y la levita para concluir en los chanclos Boston o las madreñas, pasando por el inevitable *apéndice vegetal* o gran paraguas de lona negra.

La figura del Marqués de Valero de Urría pone un contrapunto a los adustos profesores del claustro de San Francisco: el marqués es el maestro *extramuros* del joven Ramón por aquella época. Persona de gran cultura y amante de los clásicos, poseedor de una surtida biblioteca, es el gran preceptor y amigo del Ayala universitario, y parece haber tenido la misión de sostener la antorcha grecolatina encendida (aquella que había tenido sus orígenes en las aulas de los jesuitas) en la mente de Ayala (12). Añadamos el magisterio de Valero de Urría, según el propio Ayala revela en una ofrenda poética, en cuanto a «la enotecnia, ginecofilia y aleatoria» (13):

Gracias a tí, gran Val de Ur,
conocemos la vida intensa del albur,
y el hondo y fuerte estremecimiento divino
que palpita latente en el alma del vino
y esa eternidad breve de inefable placer
que surge del venusto cuerpo de la mujer.

Puritanismos aparte, es forzoso reconocer la importancia de la vida alegre del Ayala joven y lo significativo de su reflejo en la primera producción literaria del escritor: detrás está, a guisa de *maestro*, la figura del Marqués de Valero de Urría.

Finalmente, Galdós. El joven Ayala mantendrá una fiel amistad con todos los grandes escritores de su época (los Valle-Inclán, Unamuno, *Azorín*, Ortega, Marañón y un largo etcétera); pero hay uno a quien dispensa una devoción sólo comparable a la que siente por *Clarín*. Nos referimos, claro está, a don Benito. El autor de *Fortunata y Jacinta* es, para el joven escritor, «el más grande español», hombre y literato siempre fiel a sí mismo, campeón del liberalismo y alférez del anticlericalismo (recordemos que *A.M.D.G.* está dedicada a don Benito): de todo ello parece tomar norte y guía el joven Ramón, quien defenderá a capa y espada el innovador teatro galdosiano y se comprometerá a fondo en la campaña para conseguir el premio Nobel de 1912 para don Benito.

Nos queda, en fin, el Maestro, con mayúscula, categoría que Ayala reserva a un solo hombre: don Francisco Giner de los Ríos. Sus consideraciones en torno a la palabra Maestro, que comentábamos más arriba, le vienen sugeridas por el benemérito krausista. Pero dejemos hablar a Ayala (14):

(12) Vid. Miguel Pérez Ferrero, *Ramón Pérez de Ayala*, Fundación Juan March, Madrid, 1973, p. 76, y Jesús Andrés Solís, *Vida de R. P. de A.*, Imp. El Faro, Candás, 1979, p. 34. Recordemos que, por esta época, recibe Ayala clases de griego, impartidas por don Julio Cejador.

(13) Puede verse en Víctor G. de la Concha, *Los senderos poéticos de R. P. de A.*, Universidad de Oviedo, 1970, p. 399. El poema es de 1907.

(14) Vid. nota 1.

Hemos tenido varios admirables y muy amados maestros. Pero no más que un Maestro. Y éste fue don Francisco Giner de los Ríos. El ideario pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza, que creó don Francisco, se anatematizó de cismático, de herético, de subversivo, de catastrófico; causó susto, horror, escándalo; movió animosidad, soliviantó furores inquisitoriales, enardeció sentimientos hostiles, atrajo enemigos sin cuento, persecuciones, francas y descaradas alguna vez, pero la mayoría de ellas solapadas, insidiosas, vergonzantes y pérfidas. Aquel terrible ideario de hace cincuenta años, actualmente está adoptado y acatado en lo teórico (aunque no siempre seguido en lo práctico) en todos los centros de enseñanza española, desde los elementales a los superiores.

Concluye Ayala, a renglón seguido:

Todo lo que en España existe hoy de más progresivo, serio, fundamental, tolerante, idealista, generoso, sensato, depurado, español, humano, universal, vital, fecundo y alentador obedece, en mayor o menor grado, inmediata o mediatamente, a una influencia o a una ramificación, repercusión o eco de la influencia de don Francisco Giner de los Ríos y de don Manuel B. Cossío (Cossío, de Giner de los Ríos, como Alvarfáñez, del Cid, su «derecho brazo»).

Nótense la calidad y cantidad de adjetivos, término que Ayala no suele precisamente prodigar, al menos en el campo de los significados positivos.

Quizá, como quiere Francisco Agustín, César, el protagonista de *Luz de domingo*, haya sido pintado por Ayala pensando en Giner, hombre sencillo y bondadoso a cuya cátedra asiste el escritor en Madrid. Su muerte produce un sentido artículo de Ayala, donde el discípulo honra la memoria del maestro y educador, quien «adscribió su vida a su obra hasta un grado heroico» (15).

3. LA CRITICA

Bien pertrechado con el bagaje teórico que le dispensan sus maestros, y marcado por el contrapunto práctico de su amarga experiencia jesuítica, se lanza Ayala a una crítica casi sistemática, desde fechas muy tempranas, de la educación española. En 1903 reconoce su militancia krausista: «Pero, cádate —escribe— que Albornoz y yo somos krausistas desde hace tiempo... Ningún libro mejor que *El ideal de la humanidad* de Krause, para inquirir cuál sea mi deber.» (16).

No encontramos en Ayala, dicho sea de paso, referencia alguna a la Escuela Moderna, creación del ácrata Ferrer i Guardia, tan en boga por aquel entonces, y que tan ardua polémica mantuvo con la Institución Libre, si bien a los ojos de los sectores tradicionalistas ambos modelos pedagógicos pertenecían al mismo bando, anticlerical (17). Nuestro autor, en cualquier caso, parte de la convicción de que el problema primordial del país no es político, sino educativo. En mor de la «nueva sensibilidad» (toda la vida es arte), predica el culto a lo natural, culto que habrá de verse morigerado y atemperado mediante una adecuada educación estética: es la idea subyacente en su novela *educativa* y en una amplia proporción de sus ensayos (18). Complementariamente, fustiga la pereza de entendimiento y el odio al intelectual típicos del país, la falta de civismo del pueblo español y los pseudointelectuales vacuos, la precaria y en ocasiones descabellada educación sexual y el donjuanismo, la inepticia de la Universidad y los establecimientos docentes públicos, y la negrura y sectarismo de la enseñanza religiosa.

Es curioso que nuestro escritor achaque, en una ocasión, las desviaciones

(15) «In Memoriam», de 27-III-15. Recogido en *Tabla rasa*, Bullón, Madrid, 1963, p. 181 ss.

(16) Vid. Víctor G. de la Concha, op. cit., p. 79.

(17) Vid. M.^a Dolores Albiac, «La Semana Trágica de Barcelona en la obra de R. P. de A.», *Insula*, N.º 404-5, julio-agosto, 1980, p. 3.

(18) Vid. Andrés Amorós, *La novela intelectual de R. P. de A.*, Gredos, Madrid, p. 61 ss.

educativas de nuestra raza a su carácter, literalmente místico: ello se traduce, según Ayala, en una falta de tolerancia que trae consigo una «educación» del alma, pero no del cuerpo, de donde se deduce una clara incapacidad de ver la realidad: hace falta en España, por ende, una educación estética antes que política que conduzca a un cambio de sensibilidad colectiva (19). En una palabra, y empleando expresiones utilizadas al principio de nuestro trabajo, se trata de que la *cultura* española llegue a transformarse en *civilización* moderna.

Dedica Ayala especialísima atención al tema de la educación erótica del español —hecho lógico si recordamos su filosofía vitalista—, y no sólo en esa gran caricatura fantástica que son *Las novelas de Urbano y Simona*. Ya en *La pata de la raposa* (1912) nos encontramos con la inefable Tita Anastasia, prelude de lo que será Doña Micaela, la madre de Urbano, con sus ideas, tan absurdas como pretendidamente infalibles, sobre la sexualidad. En *Belarmino y Apolonio* tenemos otra cruel caricatura, la de la solterona Felicita, objeto de los platónicos amores de Novillo y que se consume en su virginidad como la luz del simbólico fanal donde vive encerrada, el fanal de las convenciones sociales impuestas por una educación puritana y burguesa reducida al absurdo: ya había dejado bien claro, en *Troteras y danzaderas* (1913), que la educación española prescinde del cuerpo: «De pequeños nos enseñan la doctrina y a temer a Dios —dice Ayala por boca de Teófilo—, y a este pobre cuerpo mortal, que lo parta un rayo.» (20). El tema, en fin, alcanza su más acabada expresión literaria en *Las novelas de Urbano y Simona* (1923): la «educación» que Doña Micaela programa para Urbano, en lo tocante a la esfera erótica, se basa en la ignorancia absoluta, ni más ni menos; tal y como se refleja en los episodios bufos del noviazgo entre Urbano y Simona (con don Cástulo y doña Rosita entre ambos), la patética noche de bodas de los recién casados, con «embarazo místico» de Simona incluido, o el encuentro de Urbano y el zagal, pastor de vacas, destinado a iniciarle en los misterios del origen de la vida. El tema de la pedagogía para el matrimonio ya había sido tocado, más breve y distanciadamente, en *Prometeo* (1916).

Todo ello enlaza con la problemática del donjuanismo ibérico, que encuentra su más enjundioso tratamiento en *Tigre Juan y El curandero de su honra* (1926). Así refleja Ayala la situación tradicional, por boca de Colás (21):

[Los hombres] están mal educados no tanto en las maneras como en los principios que profesan acerca de la verdadera hombridad. Para ellos, el hombre más hombre es don Juan.

No sobra, de pasada, notar una indudable mácula en la crítica ayalina: por una serie de razones muy bien analizadas últimamente, el escritor ovetense no parece creer en las aptitudes intelectuales de la mujer: «Ante todo, enseñarle a obedecer, que a esto se reduce la educación de la mujer», llega a escribir en *Tigre Juan*. La mujer, en la obra de Ayala, recibe un tratamiento ciertamente deplorable: o es madre, o prostituta, con carácter mutuamente excluyente (22).

Recordemos, finalmente, que toca Ayala con cierta amplitud el tema que nos ocupa en un libro suyo poco leído, *El país del futuro*, enjundiosa crónica de sus viajes a los Estados Unidos (23). Escribe en una ocasión:

(19) *Troteras y danzaderas*, ed. de A. Amorós, Castalia, Madrid, 1972, p. 228.

(20) Op., ed. y loc. cits. en nota anterior.

(21) O. C., vol. IV, p. 571. Andrés Amorós (op. cit.) reproduce esta cita.

(22) Vid. Sara Suárez Solís, «El antifeminismo de P. de A.», en *Los Cuadernos del Norte*, N.º cit., p. 48 ss.

(23) Publicado por Biblioteca Nueva, Madrid, 1959. Los arts. recogidos son de 1913-14 y 1919-20. La cita es de la p. 60.

La podredumbre del espíritu es la lujuria. Yo no conozco ningún otro morbo espiritual, porque todos los otros son secuelas de éste. No hay síntoma más funesto de la decadencia de un pueblo como la obsesión amorosa. Por eso en España urge resolver, o cuando menos contribuir a resolver, el problema de la relación de sexos.

En otro lugar, censura como grave defecto estadounidense el hecho de que «los dos sexos viven separados», no dándose por tanto una auténtica convivencia e intimidad del hombre con la mujer. Por otra parte, dedica una entrega (titulada «Cuestión palpitante») a un problema con que entonces se encaraban los norteamericanos: la conveniencia, o no, de que la educación e higiene del sexo constituyan materia de enseñanza en las escuelas públicas.

De la crítica de las actitudes tradicionales en lo referente a la educación erótica, pasa Ayala a la crítica de la educación de la persona (del adolescente, con preferencia) en general.

Define *Amor y pedagogía*, de Unamuno, como «una parodia satírica de los métodos científicos, métodos impersonales y deshumanizados, aplicados a la pedagogía; moda que por entonces empezaba a cundir en España» (24). La preocupación ayalina en *Prometeo* es similar: en esta novela corta nos encontramos con un adolescente al que se pretende educar mediante concepciones abstractas y desenraizadas (el tema ya se había tocado en *Troteras*). El fracaso, no hace falta decirlo, es total y absoluto. Para Sobejano (25), Ayala se había planteado el tema del superhombre de Nietzsche, y concluye dejando bien claro lo absurdo del empeño, aunque no deja de sentirse atraído por tal ideal (como se refleja en algunos de sus artículos de *El país del futuro*, podríamos añadir).

El tema educacional alcanza su más completo tratamiento, como es bien sabido, en *Las novelas de Urbano y Simona*. Ello ha sido ya estudiado, muy enjundiosamente, por Andrés Amorós. Afirma don Cástulo, acerca de la boda de los dos adolescentes (26):

¿En qué iba a parar una educación disparatada, ilógica, contra todos los principios de la pedagogía clásica y los dictados del sentido común, sino en este paso en que lo bufo se mezcla con lo patético, como en los dramas románticos?

Tal educación disparatada está basada, según la abuela de Simona, «en oponerse y, cuando no, en sobreponerse a la naturaleza», ideal radicalmente opuesto al del vitalista Ayala. Urbano sufre en sus carnes todos los procedimientos (objeto de la descarnada crítica ayalina) imaginables para lograr tan peregrino ideal: el artificial y perpetuo enclaustramiento, la eterna vigilancia de sus acciones, la censura de sus lecturas, la absoluta falta de confianza entre padres e hijo, el memorismo despiadado, el descarado soborno a los profesores (igual que Arias, el hijo del cacique de *La caída de los Limones*, que estudia el bachillerato y la carrera por tan cínico procedimiento y sin mirar un solo libro) y un largo etcétera. Consecuencia de todo ello, la agonía intelectual y vital de Urbano:

Nada sé. No me han enseñado nada... No es mía la culpa... ¿Qué culpa tengo yo? No sé nada.

Ayala, con su clásica actitud liberal, exime de culpa al individuo, pero carga las tintas sobre ese entorno que él quiere cambiar.

Acerca de los sistemas de educación autoritaria, se extiende Ayala, esta vez a partir del plano teórico y pedagógico, en el ya citado prólogo a *Paisajes de reconquista* (27). Su manera de abordar la cuestión es sobremanera original:

(24) *Más divagaciones literarias*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1960, p. 279. Artículo de 16-IX-56.

(25) *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, 1969, p. 595.

(26) Cito por Mariano Baquero Goyanes, *Perspectivismo y contraste*, Gredos, Madrid, p. 168.

(27) Vid. nota 5.

Hay dos sistemas educativos; siempre los ha habido. El sistema de los prefijos *e, pro, de*, sistema de enseñanza libre. Y el sistema de los prefijos *con, in, se*, sistema de enseñanza autoritaria.

La afición filológica de Ayala, efectivamente, le proporciona un preciso instrumento para un análisis que, por lo enjundioso y preciso, no nos cabe sino transcribir:

Nos toca, siquiera sea someramente, hablar del sistema de educación autoritaria, cimentado en los prefijos *con, in* y *se* del verbo latino *duco*. En este sistema el maestro, o *dux*, no es guía y compañero, es jefe. *Magister dixit*; y no hay réplica. *Conduco, induco* y *seduco*, con sus correspondientes castellanos «conducir», «inducir» y «seducir», suponen un tipo de educación —si es lícito servirse de esta palabra contradictoria con lo que en este caso designa—, que da por resultado la suplantación de la personalidad original del educando por otra personalidad extraña, artificiosa e impuesta.

A continuación, explica Ayala el sentido de *conduco*:

Conduco significa, en puridad, juntar, uniformar, someter varias personas diferentes a un patrón común e indiferente. La educación por conducción y la conducción en cuerda por la guardia civil son dos operaciones gemelas. A quien de esta suerte es conducido no le queda otro recurso que el efugio, la arriscada huida, para luego hallarse en soledad y aprender a orientarse, a conducirse por sí. En otro aspecto, esta educación por conducción es como nadar con vejigas y flotadores, sustentándose a favor de vaciedades o sobre liviano asidero de suberosa porosidad.

Sobre *induco*, escribe lo siguiente:

Induco, de donde «inducción» e «inducir», es el acto característico de la suplantación maliciosa de la personalidad ajena. En el *Filoctetes*, de Sófocles, hallamos una feliz expresión de inducción. Ulises, fértil en astucias, dice a Neptolemo: «Robarás con tus razones el alma de Filoctetes». Cuando uno induce a otro, el que en realidad actúa es el inductor y no el inducido. Los códigos califican la inducción como delito cuando conduce al crimen. Pero, en verdad, toda inducción es un crimen.

Por último, *seduco*:

«Seducir» —del latín *seduco*— quiere decir desviar a otro del camino que lleva; apartarle de su natural derrotero; extraviarlo.

Todos ellos son, en fin, métodos pedagógicos propios de «la educación sectaria, facciosa, que se propone moldear a presión prosélitos de un credo, sea religioso, sea político, con mengua de su humanidad». No es objeto de la crítica ayalina la educación condicionada por un credo político; pero sí lo es la mediaticada por unas creencias religiosas.

La crítica ayalina a la enseñanza religiosa se centra fundamentalmente en la pedagogía jesuítica; pero no deben pasarse por alto otras dos importantes facetas: la opinión que a nuestro autor le merecen las Escuelas del Ave María, del Padre Manjón, y sus referencias a la enseñanza en los Seminarios religiosos.

Nos describe Ayala, muy enjundiosamente por cierto, su viaje «de exploración pedagógica» (lo cual es prueba, una vez más, de su interés por la materia) a las Escuelas de don Andrés Manjón, en el Sacromonte granadino (28).

A su entrada, los niños se ponen en pie y saludan al visitante con las palabras «Ave María». Ayala describe, a renglón seguido, las técnicas pedagógicas que más le llaman la atención. Así, acerca del aprendizaje del alfabeto:

En el muro de la iglesia hay un rectángulo de cemento negro, y sobre él, escritas con tiza y en gran tamaño, las cinco vocales. Cada niño tiene una pizarra y un pizarrín en

(28) «Escuelas del Ave María». Artículo de *Política y toros*, recogido en *O. C.*, vol. III, p. 1.138 ss. Es de 1913.

la mano. Pregunto qué hacen estos niños, y la maestra, que ha interrumpido su labor de costura a mi llegada, dice: «Están aprendiendo a escribir las vocales.»

Este método tiene consecuencias muy positivas, según Ayala: cada niño, al disfrutar de autonomía en sus primeros tanteos gráficos, resume en sí «la tarea secular y premiosa del género humano»: aprende a ser original, con otras palabras. Viene a continuación la enseñanza de la geografía y otras materias mediante métodos visuales:

En las paredes hay pintados mapas mudos, esto es, sin nombres. El suelo está empedrado de guijas cenicientas, y entre ellas guijas blancas dibujando figuras geométricas... Más a la izquierda, en la tierra, que cae en declive, se ven líneas trazadas por ladrillos clavados de canto; una esfera de reloj con sus doce horas; la silueta de un hombre gigantesco, una serie de círculos cabalísticos...

El método, según nos explica Ayala, funciona («mi espíritu sonrío», afirma) y hace discurrir a los niños. A continuación, un sacerdote le enseña los jardines. En ellos ve lo siguiente:

Hay varios mapas en relieve, en donde se pueden ver plásticamente los abombamientos y anfractuosidades de los sistemas orográficos, y las vertientes, depresiones y desarrollo de las cuencas hidrográficas, con pequeños canalillos y ranuras a modo de afluentes, todo de suerte que es vívida y amena comprensión. Hay una gradería de peldaños de ladrillo, a modo de tendidos de una plaza de toros, con hoyuelos que sirven para enseñar prácticamente las operaciones aritméticas. De la propia suerte, hay un pequeño trasunto del sistema solar colgado de un árbol.

Todos ellos son, para Ayala, procedimientos «para enseñar de manera sensible y perenne», y revelan «admirable sentido pedagógico». Con todo, la parte más interesante del artículo es la última, donde nuestro autor pasa a exponer sus opiniones acerca de «la doctrina y tendencia pedagógica del fundador». Contra lo que cabría esperar, la crítica ayalina es fuerte y la impresión global, negativa.

Los más interesantes procedimientos pedagógicos del señor Manjón, según Ayala, son dos: los *psicofísicos*, que consisten en enseñar aprovechando los movimientos o ejercicios físicos de los niños, y el de enseñar jugando, inspirado en el creador de los jardines de infancia, el austríaco Froebel. Manjón, sin embargo, incurre en un defecto que es imperdonable para Ayala: Froebel tiende a la actividad libre y espontánea del niño, disciplinando sus instintos y enderezándolos hacia un fin útil, de modo que cada niño «crease de nuevo su propio universo» (nótese una vez más la doctrina de la originalidad). Manjón, sin embargo, defiende una pedagogía en la que «el niño —escribe Ayala— en lugar de ser un creador de sus propios conceptos e ideas, es un colaborador mecánico. El sistema está ya creado de antemano al niño conforme a un orden inmutable, y orientado a un fin evidente: la práctica de la doctrina de Cristo».

Ayala no admite tal orientación teleológica: el atentado contra la libertad individual, la imposición de un sistema que atenta contra el vitalismo y que está orientado hacia la conservación de un modelo anterior, y no al desarrollo libre del individuo, son pecados capitales para nuestro escritor. La aproximación ayalina a la pedagogía del Padre Manjón acusa, pues, una crítica bien fundamentada y coherente, aun reconociendo todo lo que hay de positivo en los métodos del religioso granadino.

La más famosa y agria crítica de nuestro autor hacia la enseñanza religiosa, a nivel medio, es evidentemente la contenida en su polémica novela *A.M.D.G. (La vida en un colegio de jesuitas)*, publicada en 1910. Ya en el prólogo-epílogo de *Tinieblas en las cumbres* (1907) nos encontramos con una sar-

cástica referencia, de claro matiz autobiográfico, al religioso enseñante de multitud de materias, e ignorante de todas (29):

—He estudiado en un colegio en donde usted fue profesor de retórica y poética, de matemática, de psicología, lógica y ética, de gimnasia y de dibujo lineal. Plotino Cuevas... ¿no recuerda usted?

—Considera, hijo mío, los innumerables discípulos que yo haya podido tener en todas las asignaturas que enumeras.

En *A.M.D.G.*, la crítica se centuplica. La novela, entendida como lo que realmente es, una justificación del carácter entre soñador y errabundo del Alberto de *Tinieblas en las cumbres* tras haber sufrido la traumatizadora experiencia jesuítica, y un ensayo más o menos panfletario sobre el sistema educativo de la Compañía, responde a los mismos afanes que se encuentran en el *Retrato del artista adolescente*, la gran novela de Joyce sobre la educación tradicional irlandesa y las desventuras y trabajos de Stephen, personaje ciertamente similar a Bertuco.

Toda la novela gira en torno a una dialéctica simbólica, representada respectivamente por el lóbrego caserón y las risueñas praderas que le rodean: es la ya de sobra conocida dialéctica ayalina entre conciencia y naturaleza, intelectualismo y vitalismo, autoritarismo y liberalismo, etcétera, que aquí se evoca en la faceta concreta del modelo educativo de los jesuitas.

Salvo el Padre Atienza, modelo de Cejador, que enseña con vistas a «robustecer el temperamento» antes que a «apesadumbrar la inteligencia con noticias inútiles», los respectivos sistemas pedagógicos de los padres son puestos en solfa por Ayala. Al Padre Urgoiti, en exceso bondadoso y cándido, sus alumnos «se le burlaban en las narices». La pedagogía de *Conejo*, escribe nuestro autor, «era simplicísima» (30):

El perillustre Prefecto de Disciplina aplicaba al gobierno de los alumnos lo que San Ignacio en sus Constituciones aconsejó para el buen gobierno de la Compañía, esto es, adiestramiento militarista del carácter y de la sensibilidad... obediencia absoluta, *perinde ac cadaver*.

Por otra parte, en el capítulo titulado «Mur, pedagogo», se nos describen las obsesiones *educativas* de este padre, basadas única y exclusivamente en oponerse a dos fuerzas naturales: la espontaneidad propia del niño y, para colmo, las de tipo puramente fisiológico.

«Pedagogía laxa» es el encabezamiento elegido por Ayala para hablarnos de la variedad educativa del Padre Sequeros: persona en principio bondadosa y tierna, su carácter milagrero y laxo le aleja del mundo de los niños, a los que «les consentía dormir, que es una forma de guardar compostura, siempre que no roncasen». Su obsesiva devoción por María Alacoque y el venerable Riscal, y sus historias edificantes, merecen una paradójica reacción en Bertuco: «¡Bah!» Ese es un cuento de niños», exclama en una ocasión.

Andrés Amorós, en su análisis de la novela (31), resume perfectamente las características comunes de tal sistema pedagógico: la enseñanza jesuítica, tal y como queda reflejada en *A.M.D.G.*, está sustentada por el temor y basada en la ignorancia. Conducida de modo autoritario y militarista, es concebida como lucha y conquista (las clases están divididas en «cartagineses» y «romanos», al mando de un «emperador» que dirige los «desafíos», etc.). Ello lógicamente, trae como consecuencia el gregarismo de los alumnos y a la vez la exaltación de la

(29) Ed. de Andrés Amorós, Castalia, Madrid, 1971, p. 302 s.

(30) Cito por la 2.^a ed., Pueyo, Madrid, 1931, p. 115.

(31) *La novela intelectual...*, cit., p. 127 ss.

individualidad egoísta, anula toda posibilidad de crítica y la enseñanza se convierte en puramente acumulativa.

Todo se subordina, naturalmente, a la religión (recuérdese la crítica al sistema del Padre Manjón); la oposición a todo lo natural es automática (como defendía la abuela de Simona, según ya vimos) y el todo se alinea, desde luego, con una moral convencionalmente burguesa.

La crítica ayalina a la enseñanza religiosa, a un nivel más elevado, alcanza, aunque secundariamente, a los Seminarios. En este caso, es don Guillén quien en *Belarmino y Apolonio* (1921) sirve de portavoz a la sátira del autor (32):

—No presumía que en los seminarios enseñaban a discurrir de esa manera sintética y plástica, por paradójicas.

—¡Qué han de enseñar! —exclamó don Guillén, riéndose alegremente—.

El retrato del seminario y los seminaristas es particularmente despiadado: en el Seminario se recibe «una impresión de verdín; ese moho fofo y viscoso que nace, junto con las lombrices de tierra, en los rincones húmedos, sombríos y silenciosos». Los seminaristas son «dúctiles y ondulantes cirios de cera amarilla» y constituyen «raza intermedia entre la pura animalidad y un rudimento de especie humana». Son, además, borrachos, repugnantes, lascivos y cínicos... «En aquel ambiente se estaban incubando los futuros ministros de Dios», concluye amargamente don Guillén.

Pero también los establecimientos de enseñanza seculares son objeto de la crítica ayalina. En cuanto a los Institutos, se burla Ayala de los métodos del señor Losada, director del Instituto de Oviedo (33):

El señor Losada enseñaba todavía el latín en verso y les hacía aprender de memoria a los alumnos las coplas de la gramática latina de Iriarte, corregida y aumentada por él. Al pasar en el claustro por delante de la puerta de su clase, se oía el retumbo de un coro infantil, cantando con obstinación un sonsonete cadencioso, como en las escuelas mahometanas. No hay que añadir que los chicos salían de allí tan indemnes al latín como habían entrado.

En otro lugar (34), reproduce Ayala los elementos principales de un programa modernizado para la enseñanza de las humanidades, elaborado por el belga Jacquart y que incluye la enseñanza de las lenguas extranjeras más importantes, las obras maestras de la literatura, las matemáticas y la lógica, las ciencias naturales y físico-químicas, unificadas por medio de un curso de filosofía natural, y, por último, la historia de la civilización y del arte, el derecho constitucional y la economía política, dentro de un área social y estética. A renglón seguido, añade nuestro escritor:

He aquí un plan de enseñanza que sustituiría para bien al que rige en nuestros institutos ¡Lástima que los ministros de Instrucción Pública pasen siempre a título precario por el departamento, y no les queda vagar en qué hacer o meditar nada de provecho!

La Universidad española, así como el estado de la investigación y la erudición, son blanco de las iras más furibundas de un Ayala honda y seriamente preocupado por los problemas de la educación superior en su país.

En primer lugar, la pobre inventiva del español. Los inventos españoles son:

El pote gallego, la fabada, el bacalao a la vizcaína, la paella valenciana, la sobreadada mallorquina, el chorizo y la Compañía de Jesús.

(32) Cito por O. C., vol. IV, p. 166. Sara Suárez, en su *Análisis de Belarmino y Apolonio*, IDEA, Oviedo, 1974, p. 206, nota este aspecto.

(33) *Tributo a Inglaterra*, p. 280.

(34) *Apostillas y divagaciones*, Cultura Hispánica, Madrid, 1976, p. 15 ss. Artículo de 17-VII-80.

Las deficiencias estructurales de la Universidad se traducen en esperpento:

Existe en España una rara profesión: la de opositor a cátedras. Hay individuos, talludos ya, y aún valetudinarios, que no son ni han sido otra cosa que opositores a cátedras. Esto se explica porque en España se conceden las cátedras por amistad, parentesco o bandería, antes que por mérito (35).

Recordemos que Arias, el hijo del cacique de *La caída de los Limones*, había cursado y aprobado, no sólo el bachillerato, sino también la carrera, por recomendación y sin mirar un libro.

A vueltas con la investigación, explica Ayala los motivos del ¡que inventen ellos! unamuniano (36):

La mente española, por centenario atavismo, siente miedo instintivo ante la investigación personal de la verdad, porque sabe que su espíritu es débil y poco ejercitado, conque faltándole energía de pensamiento le falta asimismo libertad de discurso.

Los eruditos españoles, por otra parte, son «verdaderos ratones de biblioteca, más que personas de carne y hueso, que viven entre polilla y fuerte polvo centenario y se nutren de enjuto y rugoso pergamino». La Academia de la Lengua, como institución, tampoco se libra de las iras de un Ayala que nunca llegó a pronunciar su discurso de ingreso en la institución. Reproduce el famoso epitafio de Pirón («Aquí yace Pirón, que no fue nada, ni siquiera académico»), y añade (37):

En la Academia de la Lengua Española, como en todas las academias, la composición puede repartirse conforme a la siguiente proporción: treinta y tres por ciento de rutina, otro tanto de intriga, otro tanto de favor y nepotismo, y uno por ciento de mérito positivo.

La Universidad, por esencia, es una institución igualmente anquilosada: no cabe que produzca sino escolasticismo, ortodoxia científica y filosófica, *magister dixit*. El clasicista Ayala recuerda el carácter antiuniversitario de los renacentistas (38):

¿En qué Universidad se formaron los grandes hombres universales del Renacimiento, epígonos de la ciencia y la filosofía modernas? Decir que no eran universitarios sería eufemismo, puesto que eran antiuniversitarios, rebeldes a la disciplina y autoridad escolástica. Frente a la ortodoxia universitaria alzaban una divisa: «Libertad de espíritu».

Quizá la invectiva más rotunda contra la universidad sea esta definición ayalina (39): «las universidades son, por decirlo así, criaderos oficiales de bárbaros, instituciones típicas de barbarie». La ciencia oficial de la Universidad, pues, aparece revestida con disfraces de mamarracho». Concluye Ayala, sardónicamente, y por boca de don Amaranto, el filósofo de las casas de huéspedes: la mejor Universidad de nuestros días es la casa de huéspedes española. Notemos, antes de seguir adelante, que la despiadada crítica ayalina no deja de estar parcialmente condicionada por su experiencia personal: Ayala cursó un año en la Facultad de Ciencias de Oviedo, estudios que no le gustaban y que abandonó sólo para ingresar en la Facultad de Derecho: pero, a pasar de todos sus grandes profesores, Ayala nunca gustó de la toga y los legajos, tal y como él mismo afirma en alguna ocasión, y jamás ejerció de abogado. De sus cursos de doctorado, en Madrid, no comenta prácticamente nada, y es sabido que apenas apare-

(35) Ambas citas son de *Belarmino y Apolonio*. Ed. cit., pp. 16 y 115.

(36) *Pequeños ensayos*, p. 217. Artículo de 18-X-21.

(37) *Divagaciones literarias*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1958, p. 210.

(38) *Apostillas y divagaciones*, p. 51. Art. de 6-III-22.

(39) *Tabla rasa*, p. 162. Art. de 30-I-15.

cía por ellos. A Londres también fue, teóricamente, a perfeccionar sus conocimientos de derecho en el *Temple* (40), creemos que con idéntico resultado. Personalidad algo desordenada y bohemia en su juventud, Pérez de Ayala no resiste moldes académicos: su vitalismo es demasiado grande para ello.

Nuestro escritor no desprecia la Universidad: le duele, a la manera unamuniana. En dos series de artículos recogidos en *Política y toros* se encara en profundidad con el problema (41). Recuerda la política de Costa (escuelas y despensa), que no es, según él, sino «definir al ciudadano español como hombre ineducado y hambriento». El segundo término, despensa, es redundante: la política de Costa es, en último término, «política educativa». El español, para nuestro autor.

Es genéricamente un hombre que adolece, en mayor medida que otros hombres, por deficiencia de educación moral, de educación física, de educación cívica, de educación literaria y artística, de educación técnica, y... de buena crianza y trato de gentes.

«Y acaso en este mal radical —añade— se engendran todos los otros males». En actitud muy novecentista, acude a la ayuda del periódico, organizando un concurso para los lectores de *El Imparcial* por medio del cual pretende hacer partícipe al público de la preocupación educativa y conseguir una toma de conciencia colectiva ante el problema. Se trata de un certamen, «cuyo fruto sean unas pocas y sucintas expresiones emotivas de las normas madres [obsérvese el concepto de *norma*, tan típicamente ayalino] que gobiernan el vivir ciudadano y culto: Patria, Justicia, Trabajo, etc.».

Por su parte, elabora Ayala unos interesantes artículos acerca de la situación de la Universidad española. Mucha gente, para Ayala, entiende por Universidad «un artificio burocrático y enojoso que sirva de trámite previo para ingresar en cualquier escalafón del Estado». Los diplomas académicos son «un marchamo como el hierro de los toros de lidia, sin el cual no son admitidos en los «ruedos» de importancia». Se pregunta nuestro escritor si en España ha habido Universidad alguna vez. A modo de respuesta, transcribe una serie de textos, siguiendo el decurso histórico, del *Guzmán de Alfarache*, Quevedo, Torres Villarroel, Manuel B. Cossío y Federico de Onís: la conclusión es negativa. La siguiente pregunta es: ¿«Hay universidades en España a la hora presente?» Para responder, Ayala se lanza a la calle y entra en los claustros.

La primera visita es a la Universidad Central, clase de Derecho Canónico. El aula está llena. El profesor es «un viejecito cano, de voz hendida y tenue». Pasa lista. Al cronista, que se había ya olvidado de la existencia de este rito preliminar, le parece una ceremonia «ilógica e inútil». El tema del día es, «condiciones que se necesitan para ser prelada de un convento». El grado de atención de los alumnos es el siguiente:

Uno lee una novela; otro extrae del bolsillo un periódico satírico titulado *Barrabás* y se aplica a leer un artículo sobre el piropro callejero; la mayoría bisbisea, murmura, charla; y va subiendo el tono de las conversaciones en términos que es imposible oír al profesor.

Pasa lentamente la hora. Llama el bedel. Los alumnos salen lanzados a la calle. Esto es lo que sacamos en limpio:

Quizás hemos perdido, y con nosotros los alumnos de canónico, una hora de sol voluptuoso y de olvidanza; pero lo cierto es que hemos aprendido que una prelada no puede ser viuda ni sorda, y nos han constreñido a pensar en un admisible linaje de

(40) Según Julio Matas, *Contra el honor (Las novelas normativas de R. P. de A.)*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1974, p. 10.

(41) Pueden verse en *O. C.*, vol. III, pp. 1.121-1.172.

hombres a quienes llaman prelados regulares, que vivirían muellemente a no ser por ciertas complicaciones canónicas.

La segunda salida es a la Universidad de Granada. Sostiene el cronista una entrevista con un profesor, cultivado fuera de España y «hombre de seriedad y sinceridad», el cual «tiene poco bueno que decirme acerca de la Universidad de Granada». La expresión del profesor oscila «entre el sarcasmo y la iracundez contenida» a medida que habla acerca de los presupuestos pírricos de la Universidad y de la carencia casi total de libros y fuentes de consulta. Por todo ello, concluye Ayala, todo aquel que gana una cátedra universitaria se ve automáticamente apartado del cordón umbilical de la cultura europea. Esto, unido a la mezquindad de los sueldos, provoca aversión hacia la docencia y la cátedra queda relegada «a un último término de la actividad enojosa y rutinaria». La solución (ciertamente discutible) para el profesor entrevistado, sería acumular las cátedras en los profesores de asignaturas afines, de suerte que cada profesor explique varias materias, ya que en las universidades españolas «maravilla la desproporción entre el número excesivo de catedráticos y la cantidad de materias estudiadas». Por estas y otras causas, concluye el entrevistado:

Las universidades españolas, lejos de ser un medio para crear ciencia y hombres devotos de la ciencia, son un foco de embrutecimiento nacional.

A renglón seguido, la otra cara de la moneda: Ayala entrevista a un estudiante granadino. El estudiante ya ha acabado la carrera. «A poco de ingresar en la Universidad —escribe el cronista— advirtió que no era preciso estudiar para llevar a término feliz la licenciatura». Ni los libros de texto había comprado, según confesión propia. Así se expresa en materia de exámenes y calificaciones:

Aquí no nos enseñan nada, ni nos aficionan al estudio. Todos pasan, y en la mayor parte de las asignaturas las calificaciones se hacen como un censo contributivo, según la posición social de las familias de los estudiantes; a tal cédula del padre, tal nota en los exámenes del hijo. ¿Suspendos? No hay que hablar. Don Fulano (aquí el nombre de un catedrático) dice que si no suspende a nadie no es por consideración al alumno, sino al padre, que harto hacen los padres con gastarse el dinero en matrículas y casa de huéspedes.

El estudiante sigue yendo por la Universidad, al objeto de asistir a la cátedra de «el único profesor que hay en la Facultad», un hombre de ideas nuevas, que anula la asistencia obligatoria e introduce el método socrático en sus explicaciones. Todo ello es «una revolución y una crisis dolorosa»:

—¡Estoy abochornado! —dice [el estudiante], con las manos temblorosas y el rostro encendido—. No sé nada de nada, he perdido mi tiempo y he robado a mis padres; sí, he robado a mis padres. Pero —corrige— ¿les he robado yo?

Seguimos en el alma mater granadina. «Lo de ayer», titula Ayala su incursión en la cátedra de don Andrés Manjón, donde penetran los alumnos «apelmazzados como borregos al redil». La cátedra es «sombria y sorda» y tiene un sabor arcaico «que evoca la visión de las aulas salmantenses o complutenses de antaño». Ante tal ambiente, se pregunta el cronista si estamos en el siglo XVIII o en el siglo XX. Se presenta el maestro. Profesor y alumnos se santiguan, oran en voz alta y enuncian las preces marianas: «Estamos en el siglo XVIII», concluye Ayala. Transcurre la clase entre la voz cansada del maestro y el sonsonete de los alumnos, a los que se exige la recitación mecánica del texto, cuyo autor es el propio Manjón. Ayala reproduce el siguiente intercambio:

—Parfrasee usted la definición.

—¿Eh? —inquire el alumno, evidentemente turbado.

—Que parafrasee usted la definición.

—¿Que la explique? —solicita el alumno, indeciso acerca del valor del vocablo parafrasear.

Otro alumno no sabe qué es el Decálogo. Ni otros muchos. El señor Manjón exclama acongojado (y así concluye Ayala el artículo): «¡Parece mentira que estemos en el siglo XX!».

Vuelve Ayala a la Universidad Central, y aquí nos presenta la otra cara de la moneda, por excepción: «Lo de mañana», léase, la cátedra de Derecho Político de su antiguo amigo don Fernando de los Ríos Urruti. Más abajo comentaremos esta visita.

La última entrega ayalina de la serie está dedicada al tema de los exámenes. Sobre este tema, es absolutamente crítico. Recuerda Ayala con horror «los once mayos consecutivos de mi bachillerato y carrera». El «ominoso sacrificio» de los exámenes presenta serios y graves aspectos negativos. El examen favorece al alumno locuaz, en detrimento del apocado:

Algunos catedráticos aseguran que sólo temen a los exámenes los malos estudiantes. No es cierto. Un muchacho apocado, tímido, pudoroso, corre más grave riesgo en un examen que el mozuelo mixtificador y locuaz. El último acontece ser un hábil urdidor de «morcillas», como se decía en mi tiempo. La «morcilla» es invención de lo que no se sabe, respuesta pronta y descarada en que se confía a la imaginación lo que debe ser fruto del trabajo u obra del discurso. Conviene que la «morcilla» vaya aderezada, a guisa de especias, con fechas, peregrinas circunstancias. Y nombres propios, mejor cuanto más extraños. Y como sucede que muchas veces el profesor no aventaja gran cosa en doctrina al alumno, la «morcilla» pasa y hasta se cotiza con el sobresaliente.

La radiografía de la «morcilla» (procedimiento que Ayala habría probablemente practicado) es perfecta. Recuerda don Ramón el episodio de Cleo de Merode, inexistente filósofo en quien un alumno de Metafísica basa todo su examen, con el asentimiento respetuoso del catedrático de turno. A continuación, formula Ayala una teoría de la evaluación continua *avant la lettre*:

Los exámenes no sirven para nada bueno. Parece absurdo pensar que el catedrático que durante todo un curso no ha formado concepto de la capacidad y preparación de un alumno, lo consiga en breves minutos que dura un examen. A esto se replicará que el catedrático no tiene trato con los alumnos libres. Pero es que no debe haber alumnos libres, porque la enseñanza propiamente no es otra cosa que colaboración continua.

Por último, redarguye a un viejo tópico:

También se arguye en pro de los exámenes diciendo que son una sanción sin la cual muy pocos alumnos seguirían con aplicación sus estudios. Este es un argumento que revela una movilidad inferior. En primer lugar, el estudio no debe seguirse si no es por amor espontáneo a él e ingénita vocación. De lo contrario, ha de engendrarse necesariamente hombres frustrados e inútiles, cuando no presunción. En la Universidad española, si hay un catedrático severo en exámenes, los estudiantes acostumbran llamar la correspondiente asignatura «un hueso» o «el hueso». La falta de decoro académico de este calificativo aplicado a la ciencia, y el espíritu del cual es expresión, muestran el fin a que conduce el sistema de los exámenes.

Por último, una alusión literaria: uno de los cuentos más tiernos y sentidos de Ayala, «El profesor auxiliar», está dedicado a la bondadosa persona de don Clemente Iribarne, desventurado personaje que sufre en sus carnes la penosa institución del profesor auxiliar de Unaje (42):

Es tradición de Universidades e Institutos españoles que los profesores auxiliares no sirven sino para tomarlos a chacota. En las breves ausencias del profesor numerario viene el profesor auxiliar a sustituirle. Hay un solo auxiliar para sinnúmero de asignaturas, todas ellas de muy varia naturaleza, por donde se supone que el profesor no es docto en ninguna. Por esta razón carece de autoridad científica. En la mayor parte de los casos, el

(42) El cuento, de 1925, forma parte de *El ombligo del mundo*. Puede verse en *O. C.*, vol. II, p. 849 ss.

profesor numerario no disimula el desdén en que tiene al profesor auxiliar. Este sentimiento se comunica a los alumnos. Y así, va el auxiliar a la cátedra, diez o veinte días al año, no a llenar los vacíos que el profesor numerario se ve obligado a poner en sus lecciones, sino para cumplir un precepto del reglamento, que prohíbe intersticios en el curso.

Las consecuencias son funestas:

Sucede también que el auxiliar carece de autoridad moral. Su juicio u opinión no cuentan a la hora de los exámenes, que es hora de penas y recompensas, de suerte que los alumnos saben que en la clase del auxiliar pueden cometer impunemente los mayores excesos. Cuando el bedel anuncia que el profesor numerario no puede venir y aquel día dará clase el auxiliar, los escolares se relamen y aperciben a gozar un rato de holgorio. Todos los auxiliares son víctimas de burlas, befas y escarnios, en ocasiones cruelísimos.

En efecto, don Clemente es blanco de las más denigrantes trapisondas y gamberradas de sus discípulos y, encima, es más pobre que una rata. Aunque el cuento tiene un final parcialmente feliz, con la boda de su hija con uno de sus discípulos, don Clemente acaba su vida docente (recuérdese el clérigo del prólogo-epílogo de *Tinieblas en las cumbres*) como profesor de las más diversas materias, y naturalmente ignorante en todas:

Ahora, don Clemente es, en el colegio de segunda enseñanza de los Reverendos Padres Magdalenistas, profesor particular de Psicología, Derecho usual, Álgebra, Francés, segundo curso, y Dibujo de escayola, de todo lo cual está *in albis*.

Quizá se pregunte el lector, en fin, si la actitud ayalina ante el tema de la educación es meramente de crítica y denuncia. ¿Tiene Ayala, además, un pensamiento pedagógico sistemático? ¿Qué orientación debe darse, según él, a las escuelas y la Universidad? ¿Cuál es el fin de la educación y la cultura? Si bien las correspondientes respuestas quedan implícitas en cuanto antecede, dedicaremos un último capítulo del presente trabajo a este aspecto.

4. LAS IDEAS. CONCLUSION

Consideraremos, en primer lugar, el ideario ayalino en lo referente a la teoría de la cultura y la civilización. A continuación, veremos su pensamiento sobre la misión y los fines de la educación; para concluir con sus aportaciones en el terreno de la pedagogía liberal.

a) Cultura y civilización

Sostiene Ayala la siguiente teoría, ya desde época temprana (43): existen tres tipos de civilización, a saber, el salvajismo, la barbarie y la cultura. El estado de salvajismo (modelo: España), «viene a ser como el estado de infancia de una raza». Cuando de esta infancia racial se pasa a un período de adolescencia, se da una bifurcación: hay que optar entre la barbarie y la cultura. La elección depende de la capacidad de un pueblo. El estado de cultura equivale a convertirse en «un hombre útil, libre, autónomo, dueño de sus designios y de sus acciones». El estado de barbarie se traduce en convertirse «en un funcionario, en una máquina». Ambos estados son mutuamente excluyentes. De ahí se deduce un corolario que ya trajimos a colación más arriba: las universidades son «criaderos oficiales de bárbaros, instituciones típicas de barbarie». En otro lugar, propondrá Ayala la siguiente definición de cultura (44):

(43) *Tabla rasa*, art. cit. en nota 39.

(44) *O. C.*, vol. III, p. 1.024. El artículo es de la serie *Política y toros*.

Un modo inteligente y aplicado de la conducta que aspira como finalidad al conocimiento —y decir aquí conocimiento vale tanto como vigencia normativa— de lo bueno, lo bello, lo verdadero y lo útil.

Líneas más adelante, analiza nuestro escritor la postura del conservadurismo, el liberalismo y el obrerismo con respecto a la cultura. Defiende Ayala esta última opción, contra lo que quizá cabría esperar. «El conservadurismo —escribe— no entiende la cultura como una función social, sino como un privilegio individual de las clases aristocráticas». Para añadir: «¡Calcúlese el número de aptitudes malogradas, frustradas o de todo punto incógnitas, a los efectos del progreso social, con este tipo de organización y distribución de la cultura superior!» Por lo que respecta al liberalismo, no sale mejor parado: «El liberalismo (países representativos: Inglaterra y Estados Unidos) propugna la educación elemental universal y obligatoria... Pero, semejante fórmula es una mera hipocresía (muy propia del temperamento anglosajón)... En el liberalismo, como en el conservadurismo, el disfrute de la educación superior es un privilegio de las clases pudientes, y no conforme a aptitud individual (o, lo que tanto monta, no es un beneficio común de todos y para todos) sino según la fortuita posición social de la familia del educando.» Finalmente, el obrerismo:

El obrerismo entiende la educación, en la totalidad de su desarrollo, como una función social, y asimismo la cultura. Las normas ético-políticas y el sentido de la vida no manan de la penumbra familiar, sino en la ancha, abierta y movable atmósfera de la sociedad, como organismo colectivo y estructura superindividual. Educación de todos y para todos; tránsito de unos grados a otros y reparto por facultades y profesiones técnicas, según aptitudes, capacidades y vocaciones de los individuos, rigurosamente comprobadas en los establecimientos del Estado, para el mayor rendimiento individual y social. Esta es la verdadera igualdad de oportunidades y el ideal de la instrucción pública (comienza a ser llevado a la práctica en Rusia y Austria).

Ante el caos y la laxitud del sistema conservador-liberal, Ayala aboga, según vemos, por una decidida estatalización de la enseñanza y un riguroso control de calidad, que no implique desigualdad social. ¿Es ello un abuso de poder por parte del Estado? Rotundamente, no, escribe Ayala en otra ocasión (45).

A vueltas con el tema de la civilización y la cultura: sostiene Ayala que «el progreso se caracteriza por la creación de nuevas ideas y normas, o si se quiere nuevos prejuicios». Consecuentemente, «la civilización no es otra cosa que una serie de prejuicios sucesivamente fecundos». La Universidad, mientras siga enseñando «a ser dogmáticos y concienzudamente impertinentes», será una rémora para el progreso. La atmósfera moderna pretende que la cultura gire en torno a los polos del orden económico: «la producción mecánica y la cotización pública». Para Ayala, sin embargo, han de seguir vigentes las dos condiciones que hicieron posible la cultura clásica: el «ocio» (*otium*, como opuesto a *necotium*) y el «desinterés» (46).

En época tan sumamente tardía como 1960, sigue Ayala teniendo algo que decir acerca de la cultura: actitud patética y ejemplar de un hombre que morirá dos años más tarde (47). El Ayala de 1960 concibe, efectivamente, la cultura como «unidad superior (superlocal, supernacional) de espíritu en cada época». La actividad de la cultura, añade, «no es sólo práctica, utilitaria, sino esencialmente desinteresada y espiritual». O, con otras palabras, «la esencia de la cultura consiste en hallar un sentido universalmente valedero para la vida humana». Y

(45) En *El país del futuro*, p. 157.

(46) *Ibid.*, p. 78.

(47) Vid. la serie «Divagaciones sobre la cultura», artículos de julio de 1960, recogidos en *Las terceras de «ABC»*, Prensa española, Madrid, 1976, p. 220 ss.

aún prosigue: «Repito que la cultura es, de una parte, unidad superior (supernacional) de espíritu en cada época, y de otra parte, continuidad de proceso. El universo es, sin duda, una continuidad de proceso. Pues bien, la cultura consiste en la conciencia cierta (conocimiento científico) de la continuidad de ese proceso.» Por último: «La esencia de la cultura, por bajo de sus manifestaciones y estados, es, en resolución, su intencionalidad.»

b) Misión y fines de la educación

La educación desempeña el papel crucial de servir de correa de transmisión de los diferentes modos culturales. ¿Cuál debe ser la naturaleza de la educación, según Ayala? Volvamos a *Las novelas de Urbano y Simona*:

La educación debe componerse, o sea, corroborarse con la misma naturaleza.

Este es el ideal vitalista de nuestro escritor, tan opuesto al tradicional, formulado por la abuela de Simona y que ya tuvimos ocasión de comentar. Si la educación de Urbano es esperpéntica y desafortunada, es debido a la imposición de las actitudes convencionales sobre los sentimientos auténticos. El cándido don Cástulo volverá, por el contrario, los ojos a la naturaleza, que para él se personifica en la rústica Conchona. Entre ambos organizarán un establecimiento de enseñanza cuyo nombre es todo un símbolo: *El vergel de Atenea*. El conocimiento, en sí mismo, no tiene sentido, debiendo estar aderezado con una finalidad moral que se traduce en liberalismo: «Experimentar es conocer; conocer es comprender; comprender es perdonar.» El aforismo es fundamental.

Tanto en *Troteras* como en *Tigre Juan*, canta Ayala la sinrazón y la educación rousseauiana, en libertad: «¿Hay nada más tedioso que una conversación razonable, que un libro razonable o un discurso razonable?», afirma Alberto. En cuanto a Colás, «hijo de un amor instantáneo e irresponsable de la naturaleza», afirma el novelista que «quizá la educación más feliz y apta para él hubiera sido la no educación, la selvática libertad». La inteligencia es concebida de una manera dinámica: «la esencia de la inteligencia es la disatisfacción con el presente; o, lo que es lo mismo, la inteligencia es la gran fuerza motriz del progreso.» (48).

Todo ello se corrobora con la definición de «la buena educación literaria», ya que ésta supone «una conciencia individual privilegiada, en la cual convergen el espíritu contemporáneo, el espíritu de la raza y pueblo a que ese individuo pertenece, y el espíritu universal de la cultura» (49).

El recuerdo del maestro *Clarín*, lleva a Ayala a matizar sobre la función de la educación, que «no es tanto de enseñanza (proveer un cúmulo inorgánico de datos, noticias o conocimientos) cuanto de formación y desarrollo del espíritu». Define a continuación las palabras alumno y profesor desde el punto de vista filológico: «Alumno (*alumnus*) quiere decir literalmente la criatura que se halla aún en el período de la primera nutrición, la cual recibe, por modo inmediato, de la nodriza.» Y «en cuanto a maestro (*magister*), bien se echa de ver que viene de «magis», el que es más y mayor, y por tanto el que está en condición de dar y transmitir al que es menor y tiene menos» (50).

La muerte de Giner de los Ríos, por otra parte, lleva a Ayala a una divagación sobre la obra de la educación (51). El pueblo griego es, para nuestro autor, modelo de pueblo educado: en él se da un equilibrio armonioso, un

(48) *Pequeños Ensayos*, p. 214 (art. de 8-X-21). Las anteriores citas de *Troteras* y *Tigre* son traídas a colación por Amorós en su *Novela intelectual...*, cit.

(49) *Más divagaciones literarias*, p. 285.

(50) Art. cit. en nota 6.

(51) *Tabla rasa*, p. 179 ss. Art. de 20-II-15.

espíritu nacional, una estrecha coordinación, un conjunto homogéneo. Los griegos son como gotas de agua. El pueblo español es modelo de un pueblo sin educar: no existe un espíritu público, es sólo un conjunto de individualidades insuladas. Los españoles somos como granos de arena. ¿Cuál es la obra de la educación?, se pregunta Ayala. La respuesta es la siguiente:

Es una obra divina y milagrosa. Es convertir el grano de arena en gotas de agua; es coordinar al hombre con la naturaleza y con los demás hombres.

Muchos años después (52), sigue Ayala a vueltas con el tema:

Si la educación consiste, ciertamente, en ir haciendo más accesible y cognoscible el mundo, tomando como punto de referencia ciertas ideas eternas o imágenes-arquetipos (lo bueno, lo bello, lo verdadero), entonces bien se advierte que la educación de cada cual no debe concluir respecto de sí mismo, sino con la muerte.

Analiza, a renglón seguido, las dos tendencias educativas básicas: la «de las ideas eternas» y «la educación práctica y utilitaria de la masa», o pragmática. Lo lógico y lo práctico, afirma, sería compaginar ambas tendencias. Son conceptos parecidos a los vertidos años antes en *El país del futuro*: la educación americana, como la clásica, tiene como meta la felicidad y el bienestar (la española, para Ayala, tiene como fin «aprender, saber»), e incluye por tanto la educación física (53):

Cuando el fin o propósito de la educación es la felicidad, el bienestar, al lado de la educación moral y física, la educación intelectual tiene un carácter práctico, industrioso. En lugar de infundir nebulosas nociones metafísicas, aficiona al alumno a las artes manuales, a las ciencias exactas, procurando, sobre todo, despertarle el ingenio a la fertilidad activa y no discursiva... Las escuelas en los Estados Unidos, por su carácter y método, son viveros de pequeños inventores.

No olvida nuestro escritor la importancia educativa de los viajes: ayudan a formar el carácter y engendran la tolerancia, ayudan a enriquecer el juicio y nos hacen tolerantes (cualidad de carácter esencial para Ayala) y juiciosos (54).

La importancia que el clasicista Ayala da a las humanidades clásicas en la enseñanza es muy grande, como cabría esperar (55):

La sustancia de la cultura reside en eso que desde hace veinte siglos se viene llamando humanidades; o sea, aquellos estudios mediante los cuales un niño llega a convertirse en todo un hombre. La base de las humanidades son los clásicos, y los clásicos, a su vez han sido siempre la base de la educación.

El tema recurre constantemente en los escritos de Ayala, llegando una vez más hasta la época de *Las terceras de «ABC»*: defiende nuestro autor la necesidad de los estudios clásicos en la enseñanza y ensalza las cualidades educadoras del latín (56):

Esa es la función educadora del latín: sacar a la luz desde dentro de los senos latentes de la inteligencia juvenil las instrumentales aptitudes potenciales, característicamente intelectuales, o lo que es lo mismo, humanas, colocando así al hombre ya educado en condiciones de que luego, al salir al mundo, sepa proceder con elevación y eficacia ante la serie de situaciones inesperadas de la vida, y que más tarde, merced a la enseñanza sucesiva de la experiencia, sea capaz de ir convirtiendo en realidades satisfactorias sus posibilidades innatas.

Finalmente, no sería justo olvidar que el Ayala maduro muestra un cambio con respecto a la tan denostada pedagogía jesuítica: sostiene, en una de sus

(52) Vid. nota 47.

(53) Pág. 93.

(54) *Ibid.*, p. 342.

(55) *Más divagaciones literarias*, p. 231.

(56) Pág. 96. Art. de 14-XI-54.

conferencias argentinas, que la pedagogía helénica toma cuerpo, a través de Roma, con la pedagogía jesuítica, y analiza la *Ratio studiorum* de San Ignacio a la luz de *De institutione oratoria*, de Quintiliano. En otro lugar, afirma que, en cuanto a educación liberal, la Compañía «no tenía rival dentro de la Europa culta», y reconoce que en aquellos países donde prevaleció la enseñanza de los Padres, «el Estado moderno, al crear los Institutos oficiales de segunda enseñanza, remedó y adoptó la pedagogía jesuítica e impuso la disciplina de las humanidades clásicas como base y subsuelo de la cultura preparatoria y genérica» (57). Nótese, de cualquier modo, que las palabras anteriores son ajustadas, no ditirámicas; que Ayala se refiere siempre a la «edad dorada» de la pedagogía jesuítica (la edad moderna) y que enfoca el tema única y exclusivamente desde el ángulo de las humanidades clásicas. ¿Siguen vigentes en Ayala las ideas de A.M.D.G.? En el fondo, creemos que sí.

Finalmente, así expresa Ayala las misiones específicas de la escuela y de la Universidad (58):

La escuela hace hombres, provee a la formación de la primera materia humana, así como el alto horno funde el mineral ferruginoso convirtiéndolo en dóciles lingotes; los cuales no son sino presunción cierta de infinita variedad de instrumentos. La Universidad, como todo centro de estudios superiores, forja, moldea y temple aquella primera materia, trocándola en instrumental social, otorgándole eficacia concreta y utilidad específica; de ella debe salir el hombre sirviendo para algo particular y definido.

Recordemos que, en el recorrido exploratorio que realiza Ayala por diferentes aulas universitarias españolas, sólo nos da una visión positiva: la de la cátedra de Fernando de los Ríos. El aula es flamante y luminosa. Los alumnos van bien provistos de cuartillas y lapiceros. El texto es *El contrato social*. El método, socrático, dejando que los alumnos discurren y hablen. El entusiasmo es tal que a veces se prolonga la cátedra tras dar la hora, y siempre, en todo caso, en las conversaciones de los estudiantes en el claustro: «barruntos de primavera», le parecen a Ayala tales clases.

c) La pedagogía liberal

En un artículo ya citado (59), se extiende Ayala sobre lo que para él debe ser la pedagogía libre, basada en los prefijos *e*, *pro*, *de*, del verbo *duco*, y contrapuesta a la autoritaria o de los prefijos *con*, *in* y *se*, ya comentada en su lugar.

Educo equivale a «hacer salir, hacer brotar»:

No es el educando un vaso vacío en el cual el educador va escanciando la sustancia de que él acaso rebosa. Es más bien un manantial latente, que el buen maestro debe alumbrar, y luego concederle expansión.

Produco es «prolongar y prolongarse, llevar adelante»:

Mediante la educación el pupilo produce y reproduce; se prolonga, avanza, como hace el manantial abriéndose cauce, ya después de desatado de su ciega prisión soterránea.

Deduco, «deducir», consiste en «sacar y extraer principios y consecuen-

(57) Respectivamente, vid. *Viaje entretenido al país del ocio*, Guadarrama, Madrid, 1975, p. 143 ss. y *Nuestro Séneca*, Edhasa, Barcelona-Buenos Aires, pp. 144-170. En 1914, afirma sobre los jesuitas: «En mi concepto, no son buenos educadores: enseñan bastantes cosas pero no educan» (Vid. Amorós, *La novela intelectual...*, p. 162).

(58) En pról. cit., nota 5.

(59) *Ibid.*, p. 1.239 ss. Este prólogo, tantas veces citado en el presente trabajo, tiene una gran importancia en nuestro terreno de estudio.

cias», y es la tercera operación de la educación libre y humana. Aclara Ayala que de estas tres operaciones, la primera, «educar» por antonomasia, es la más breve en el tiempo y requiere un maestro, entendido a la manera socrática. En las otras dos operaciones, uno mismo puede y debe ser autodidacta, y el proceso dura toda la vida. El conocimiento, en fin, añade dolor, pero todo hombre «joven de espíritu» sabe que vive en «un estado de gracia, de beatitud, de ecuanimidad». Dechados españoles de juvenil longevidad son, para el Ayala de 1926, don Francisco Giner de los Ríos, don Benito Pérez Galdós y don Santiago Ramón y Cajal. Compara, en fin, el punto de partida de la enseñanza con el aprendizaje de la natación: la teoría es sencillísima, y en cuanto a la práctica, nadie aprende a nadar si no logra adquirir confianza en sí mismo, con lo que el aprendiz puede llegar a lisonjearse «de haber creado por su cuenta y sin ajeno valimiento el arte de la natación, como así es, en cierto modo». Es, una vez más, la teoría estética ayalina —la originalidad, el ver las cosas por primera vez, el redescubrir el universo en uno mismo— aplicada al campo de la enseñanza.

El lector juzgará, ahora, si las ideas educativas y pedagógicas de Ramón Pérez de Ayala, cuyo centenario celebramos, tienen o no vigencia, son o no «deleitables y provechosas», han sido o no superadas, en la España de 1980.

AULA ABIERTA

solicita y agradece
la colaboración del profesorado
de todos los niveles educativos
sobre temas relacionados
con las secciones en que se
estructura la Revista.